

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós, 7, 12-15): *Ve y profetiza a mi pueblo.*

Salmo (84, 9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (Efesios, 1, 3-14): *Hemos recibido la redención.*

Evangelio (Marcos 6, 7-13): *Los fue enviando de dos en dos.*

Existe una distinción entre “enviado” y “militante” o “adepto”. Al enviado le caracteriza el hecho de que no actúa por su cuenta, sino que, obedeciendo a quien le envía, cumple lo que le ha sido encargado en el mismo momento del envío. Pero, al mismo tiempo, el enviado es un elegido por Dios o por Jesús por pura gracia, no por méritos, ni por ser más santo.

La elección es siempre el primer paso de una mirada que se fija en otro. Y esa mirada sorprende cuando del amor inmerecido proviene. El militante suele militar a favor de una causa y casi nunca es fruto de un amor que brota para promover a los demás, sino para que la ideología que sustenta la causa se vaya imponiendo no siempre sin algo de violencia.

Llama la atención que tanto Amós como los Doce no se quejan cuando Jesús les manda cómo han de cumplir lo que Él les indica. Y los enviados son enviados a unas misiones que les sacan de su círculo de confort. Eso sería motivo para quejarse y, sin embargo, obedecen a Dios y a Jesús probablemente porque se sienten agradecidos de haber sido elegidos por Dios y por Jesús desde un amor que es fuente de esa obediencia.

El evangelio refleja una exigencia de Jesús a los Doce que, especialmente para quienes somos seculares y para los que son consagrados, pueden parecer de un radicalismo que no es fácilmente compatible con las obligaciones ordinarias. Por lo mismo, conviene discernir. Y la radicalidad que pide Jesús a los Doce se traduce en una radicalidad de corazón que se fundamenta en un estilo y un comportamiento que atañe a todos los ámbitos de la vida: a las relaciones interpersonales, al nivel social en el que cada uno se encuentra, a la realidad económica.

Tanto la primera lectura como el evangelio ponen de manifiesto que los enviados por Dios y por Jesús a una misión, especialmente a la de proclamar que Dios ha decidido intervenir en la historia, son personas desinstaladas. Ser llamado a ser discípulo de Jesús (y todo cristiano lo es) desencadena un proceso de transformación de la existencia entera.

Las circunstancias históricas, culturales y religiosas de aquellos tiempos son muy diferentes a las nuestras. Pero, la unción bautismal que recibimos nos ha configurado con Cristo, el profeta por excelencia. De modo que sí, somos profetas. Una vocación muy hermosa, pero que con demasiada frecuencia preferimos soslayar. Bien sabemos que decir que somos profetas no quiere decir que vivamos o actuemos como tales. A veces ni nuestro estilo de vida ni nuestras palabras tienen el tono profético.

Parece que seguimos pensando que vivir como la mayoría y tratar básicamente de acuerdo con lo que se suele definir como políticamente correcto, nos hace estar automáticamente en el lugar debido. Ciertamente es más cómodo vivir así. La vida del profeta no solo causa incomodidad en los demás, sino que es una carga no fácil de llevar.

El profeta es ante todo el que habla en nombre de Dios, sabiendo que está en presencia de Dios; es el que interpreta la voluntad de Dios para una circunstancia determinada. Profeta es quien va creciendo en una sensibilidad divina y no puede callarse ante lo que parece discordante. Por eso el ejercicio de su vocación es incómodo y también por eso es sublime.

El asunto es que de todos modos somos profetas, pues para eso fuimos llamados: sacerdotes, profetas y reyes, desde nuestro bautismo. Si no llenamos los requisitos de tal vocación (como Amós), será nuestro problema, pero no podemos decir que el Señor no nos haya invitado a confrontar la historia y la cultura, la economía, la política, la religión y todo lo demás desde su propia óptica divina.

De nosotros y nuestra condición profética, no creo se pueda decir siempre lo mismo. Somos, muchas veces, profetas domesticados: ni vivimos delante de Dios, ni nos atrevemos a juzgar los acontecimientos desde la óptica divina, ni hablamos en su nombre. Es cierto que el profeta, antes de hablar, debe tener el valor de escuchar. Escuchar a su pueblo, pero sobre todo escuchar a Dios.

El profeta, el apóstol, el discípulo de ahora debe ser fundamentalmente pobre. No se apoya en sus recursos, sino en la fuerza del evangelio. No es a sí mismo a quien anuncia, sino al Dios que es la fuente y la meta de todo caminar humano. No somos ilusos luchadores contra molinos de viento. Tampoco nos enfrentamos en un combate personal, sino que nos sumamos al combate de Dios contra todas las fuerzas del mal que pretenden despojarnos de la gracia, sumirnos en el pecado y perdernos en la desesperanza. Somos profetas del único Dios, Padre de nuestros Señor Jesucristo que nos invita a colaborar con él en su plan de vida para todos.